# El Testimonio de la Lengua en Prehistoria

## ENSAYO DE PALEONTOLOGÍA LINGÜÍSTICA VASCA. — UN ASPECTO DE LA ANTIGUA RELIGIÓN EUSKALDUNA. — LOS NOMBRES VASCOS DEL «DÍA FESTIVO»

Para el problema general consultar:

VENDRYES, *Le Langage*, 275 - 77.

SAUSSURE, *Cours de Linguistique Générale*, 313 - 19, (primera edición de 1916).

PINARD DE LA BOULLAYE, *L' Étude Comparée des Religions*, II, 142 - 82.

MEILLET, *Linguistique Historique et Linguistique Générale*, 322 - 26, (segunda edición 1926).

---

La antigüedad — el mundo prehistórico en particular — se presenta a todo espíritu cultivado con el encanto de la estrella crepuscular dormida sobre la montaña de los tiempos. En el vasco, este sentimiento del pasado se agita más por la doble aureola de

vetustez y aislamiento con que ve circundada a su lengua.

Ni el estudio metódico — una disciplina austera como la lingüística actual — sabe resistir a la seducción que llega de las remotas arcaicas edades. Fué Pictet (1) en 1859 el primero que dió el nombre de Paleontología lingüística a la ciencia — son sus palabras — «que pretende resucitar en alguna manera por medio del método comparativo de las lenguas los hechos, las cosas y las ideas de un mundo sepultado en las sombras del pasado». Pictet, por su parte, se consagró a la investigación de los orígenes indoeuropeos. Después de él casi todos los ensayos de Paleontología lingüística han tendido al mismo objeto (2), pero el método puede aplicarse útilmente a otras familias linguísticas, siempre que las leyes de su evolución estén satisfactoriamente fijadas.

Entre los escasos restos que del vocabulario religioso de la era precristiana vasca han podido sobrevivir hasta nuestros días figuran sin duda los dos nombres del «día festivo»: *iai* y *eguzari* — con escasas variantes. Por otra parte, no existe nombre indígena que designe el templo o lugar dedicado al culto (no lo había seguramente, estando el ejercicio religioso reducido al culto familiar), ni existe nombre para sacerdote o persona consagrada al servicio del culto (ya que en la hipótesis apuntada su función correspondería al padre de familia o *etxeko iaun,* sacerdote del hogar); faltan asímismo los nombres de instrumentos culturales... Esta ausencia de términos religiosos indígenas nos invita a considerar el vuelo reducido que la manifestación de la vida religiosa tomó en la sociedad precristiana vasca, sin el ejército de sacerdotes, sin la magnificencia de templos, sin la muchedumbre de pertenecientes a las ceremonias que podemos admirar en las religiones de culturas superiores.

Pero ello, sin más, no basta a probar que la vida individual, familiar y la rudimentaria social-política de las antiguas poblaciones vascas no estuviera intensamente saturada de unción religiosa. La ausencia de términos religiosos indígenas, en una palabra, parece revelar ciertos hechos negativos, los cuales no dejan de ser importantes y significativos.

Intentar divisar el panorama de la antigua civilización euskalduna y el estado de floración del espíritu vasco pagano solamente a través de las reliquias conservadas en el léxico de la lengua constituye una ambición que de ningún modo podríamos satisfacerla. La labor que hoy tomamos como ensayo se halla erizada de dificultades que no convidan a un estudio fecundo en resultados. Pero ello mismo servirá — creo — a mostrar cómo deben ser tratados semejantes asuntos con toda reserva. Si ahora tomamos uno de ellos, es también por ceder un poco al ambiente etimológico que prevalece en los estudios de la lengua vasca, y al que los vascos en general se sienen dulcemente atraídos por el encanto de esa vieja lengua. Sin embargo advirtamos desde aquí que la lingüística no pretende en modo alguno reemplazar la historia; sólo en carencia absoluta de precisiones que facilitarían los textos, se resuelve a arrojar una luz débil sobre un período que no ha dejado trás de sí testimonio directo alguno ni de sus actos ni de sus pensamientos. Pero antes de interrogar a la lingüística, determinemos exactamente lo que se puede esperar de ella.

Una lengua se deja definir por tres cosas: un sistema fonético, un sistema morfológico y un vocabulario, es decir, por una manera de pronunciar, por una gramática y por ciertas maneras de designar las nociones. La pronunciación y la gramática de una lengua pueden considerarse como sistemas cerrados: difícil-

mente se prestan a recibir influencias. En cambio el vocabulario, las palabras no constituyen sistema; a lo más forman pequeños grupos, y basta que una lengua tenga prestigio para que los préstamos se multipliquen en las lenguas vecinas.

Por tanto el caudal léxico de una lengua hay que considerarlo en dos aspectos: parte de sus elementos proviene de la misma lengua de los cuales la lengua en cuestión no es sino su conservadora, parte en mayor o menor cantidad trae su origen de lenguas o dialectos de la misma o diversa familia; los primeros son los elementos indígenas que forman el patrimonio tradicional, a los segundos se les da la denominación de préstamos o elementos advenedizos. Sea, p. e.; el euskera en dos momentos de su evolución: el vocabulario de la segunda época se compone de dos partes; una que continúa el de la primera o que ha sido formado sobre el territorio vasco en el intervalo con la ayuda de elementos registrados en el vocabulario indígena, y otra que procede de lenguas o dialectos extranjeros.

Sean el euskera de hace 30 ó 40 siglos y el euskera vizcaíno actual. Existen en éste nombres como *aita* «padre» y *ama* «madre» que representan y continúan simplemente el viejo fondo de la lengua; existen términos como *Euskal-Eŕía* que seguramente no corrían en aquella época remota de 3.000 ó 4.000 años, pero que han sido formados con elementos de origen vascos que la misma lengua los poseía: *euskera* y *eŕia* en nuestro caso; hay otros que han entrado en diversas épocas: *burdin* «hierro» y *eriotz* / *eriñotz* «laurel» tal vez mercancía de las poblaciones traficantes mediterráneas en contacto con el Oriente antiguo; *hartz* «oso» y *okaran* «ciruelo» de proveniencia celta; *pake* «paz» y *neke* «fatiga» producto de la primera romanización; *zeru* «cielo» y *gurutze* «cruz» de entrada

posterior; *geŕa* y *guda* / *gudu* «guerra» de procedencia germánica; *alkondara* «camisa» y *alagar* «altura» resto de la conquista árabe en el territorio peninsular; *ditut* «los / las he» y *astelen* «lunes» introducidos del territorio guipuzcoano; *ostikolari* «futbolista» calco de una palabra inglesa de deporte que ha invadido el mundo. Todas estas palabras fuera de *aita* y *ama* son igualmente elementos advenedizos respecto del euskera de hace 30 ó 40 siglos.

Ahora bien, el principio general en que se fundan los resultados legítimos de la Paleontología lingüística es el siguiente: si en una lengua dada, en una época dada de su historia se prueba la existencia de un término designando una noción definida es evidente que tal noción debe atribuírse al tesoro cultural del pueblo que hablaba esa lengua. Pero las conclusiones de esta índole han de ser necesariamente muy vagas: en efecto, los conceptos ligados a las palabras cambian sin que por ello cambien las mismas (Semántica); por otra parte el número de hechos utilizable es muy reducido: son muy pocas las palabras de las que podemos probar que sean la trasmisión directa e inmediata del fondo del idioma; además la etimología de nuestro vocabulario se hace muy penosamente y resulta imprecisa sobre manera. Por todo ello creemos no equivocarnos ni mostrarnos excesivamente reservados al afirmar que en el estado actual del conocimiento de la historia de la lengua vasca el examen de su vocabulario no puede suministrarnos un informe de la civilización del pueblo vasco prehistórico, sino indicaciones incompletas y dudosas. Pero a pesar de lo poco que se puede esperar, vale la pena de interrogar a la lingüística y examinar lo que ella ofrece sobre algunos aspectos de este pueblo misterioso testigo del antiguo Occidente europeo. Procediendo con crítica arrebataremos al secreto datos preciosos que alimenten nues-

tra ambición; merece escribirse unas páginas sobre un asunto respecto del cual falta el viático de la escritura y de la historia.

Tan alto que podemos remontar en el curso del tiempo siempre encontramos en el territorio de Euzkadi a los vascos. ¿Fueron ellos los primeros ocupantes o por el contrario hay que considerarlos como invasores? Lo único cierto es que después de los trabajos de Bosch-Gimpera y otros beneméritos investigadores podemos afirmar que las poblaciones vascas no descienden de los celtas o íberos, sino que son la continuación de los habitantes que poblaban estas montañas en las más remotas épocas (3).

Otra cuestión de suma importancia la constituye la llamada cuestión ibérica. Es la lengua vasca la indígena de los vascos que la han conservado a través de todas las vicisitudes históricas, o por el contrario es de origen ibérico? Tendríamos en este caso una población vasca que por grado o por fuerza adoptó la lengua de los conquistadores posteriores. Problema es el indicado que en el estado actual de nuestras informaciones resulta imposible resolverlo. Es un dolor para nosotros que la ciencia hoy no esté acorde con lo mejor de nuestros deseos.

Hechas estas salvedades entremos decididamente en la materia que en el título inicial indicábamos o sea un aspecto todo particular de la antigua religión euskalduna: los nombres vascos del «día festivo» que según creemos se liga estrechamente con las fiestas del «novilunio» y del «año nuevo».

El nombre de «besta o phesta» de los dialectos más orientales (*pezía* en Harriet (4), pág. 318, lín, 1, que no registra Azkue) es evidentemente de origen latino o románico. Ni es el presente el único caso en que elementos advenedizos coexisten con los indígenas, p. e., *bortxa* | *indar*, *dembora* | *eguraldi*... A la

Semántica vasca toca el dar la explicación de semejantes fenómenos.

Pasemos a examinar ahora en primer término el nombre vasco '*iai*'. Existen las variantes (5):

*jai* (AN, B, G); la 'j' representa tanto la 'j' española, como la '*y*'
*jei* (Sc)
*xei* (BN, aezk-s, R). Campión da para Aezkoa la forma '*sei*' (6).

Son de notar las locuciones:

*jai ta aste | igande ta aste | besta ta aste | aste ta besta* «todos los días» (v. Azkue, sub v. *jai* y *aste)*.

Nótese también *jaizaro* «media fiesta» en B y ms-Lond. La etimología de *jai*, según Van Eys, es igualmente que la de *besta* de origen románico (7), probablemente del provenzal **jai**, **gai**. A pesar de la consonancia de los sonidos y de la misma idea no nos parece probante su comparación. Existe en Gipuzkoa el término *yayo* «pintiparado, completo...» la única palabra que en el citado territorio se articula con '**y**' inicial en vez de '**j**'. Este sí lo creemos derivado de un primitivo románico, cf. el prov., citado por Van Eys y también el cast. **gayo**...

De las variantes expuestas deducimos que la forma más primitiva es la representada por '**yai**'. Ahora bien, un fenómeno corriente en la fonética vasca actual y aun en la que podemos seguir en los documentos más antiguos de la lengua es la pérdida de la -**g**- en posición intervocálica (Gavel, Elém. de Phonét. Basque, pág. 346). En este caso tendríamos una forma anterior **igai* como en el apellido *Yartza* (lo pronuncian aún *I-artza)* que proviene sin duda de *Igartza*,

cf. *Igartua*, como el nabarro *Yeltz* proviene de *Igeltz* y *Yanci* de *Igantzi* (8). Siendo verdadera nuestra suposición cabría relacionar la forma deducida **igai* con el nombre *igande* «domingo» en el calendario vasco actual cristiano. Enseguida veremos que *igande* en una época anterior debió significar «neomenia o fiesta de la luna nueva». Véase cómo propongo la serie de las fases lunares en el antiguo calendario vasco: *aste* e *igande* son en la semana vasca los términos fundamentales que se oponen: recuérdese las locuciones citadas poco ha *jai ta aste | igande ta aste... Igande (igante* en S, R), como *aste* se descomponen al parecer en sus elementos temáticos: *igan-*, *as-* más el sufijo *-te | -de* que tal vez indique duración cf. *negu-te* «temporada de invierno...» Sin pretender entrar ahora en las etimologías de *aste* e *igande* veamos qué pueden significar en una época anterior a la actual. Para ello examinamos los nombres de la semana en los que aparecen tales términos; y vemos que la semana oriental del territorio vasco ha conservado mejor los nombres de las fases lunares de una época sobre la que la historia calla. Dividimos ASTE e IGANDE:

ASTE = aspecto claro de la luna.
IGANDE = fase oscura de la misma.

Pero ASTE en la semano oriental se subdivide en: ASTE-*len | arte | azken* lo cual nos ha sugerido la presente hipótesis. Abarquemos así las cuatro fases:

ASTELEN = fase clara del cuarto creciente.
ASTEARTE = fase clara de la luna llena.
ASTEAZKEN = fase clara del cuarto menguante.
IGANDE = única fase oscura o luna nueva.

Siendo, pues, *igande* «período de la luna nueva»

según la precedente división, y estando **igai* (de donde *yai* actual) relacionado, parece legítimo deducir que *yai* debe ser «fiesta de la luna nueva», primero, porque actualmente significa «fiesta», y *yai* no es tampoco todo el período de la luna nueva, ya que carece del sufijo *-te/ -de*, el cual propiamente indicaría el tiempo completo de la fase entera, de donde limitando más el sentido de *yai* podíamos concluír que es «la fiesta de la aparición de la luna nueva o neomenia».

Para que no quede duda del procedimiento fonético regular que se verifica en la formación de **igai*, desarrollémoslo tal como ha sucedido. *Igan* es la base, tanto de *igande* como de **igai;* en *igande* se ha verificado la adjunción sin ningún cambio ulterior, pero en **igai* ha habido pérdida de la '**n**' intervocálica, mediante la aposición del sufijo '**i**' (de relación, hoy muerto que vemos, p. e., en *gaz-i* de *gatz*, en *oŕazi-* de *oŕatz*, en *urda-i* de *urde*...) como en *emai* «dádiva» y en *lai* «instrumento conocido de labranza» que provienen respectivamente de *eman* «dar» y de *lan* «labor, trabajo».

Llegado a este punto no podemos menos de recordar el tantas veces citado texto de Estrabón. Dice el historiador griego: «Algunos afirman que los gallegos no tienen siquiera idea de la divinidad. Y que los celtíberos y sus vecinos del norte veneran a cierto dios innominado en el plenilunio bailando ante las puertas de sus casas con todas las familias y celebrando fiesta durante toda la noche» (9). Ese dios innominado, es claro, que no puede ser otro que la misma luna (el dios luna) o el Ser Supremo, pero nunca otra divinidad distinta (10).

Lo que más interesa a nuestro estudio es precisamente la época o motivo de la fiesta, que en el texto citado es el plenilunio. Si el testimonio de Estrabón es verdadero (unas líneas después añade «además de

estas absurdas costumbres se cuentan otras muchas cosas fabulosas de todos los españoles en general, aunque más especialmente de los norteños», no cabe rectificación, y si no queremos pasar por hipercríticos hemos de dejar sentada la afirmación de que **igai* habría de significar «fiesta del plenilunio» más bien que «la del novilunio». Pero es el mismo historiador quien nos invita a dudar en las palabras que hemos reproducido. Por ello creemos que puede a pesar del testimonio de Estrabón sostenerse la identificación de **igai* con «novilunio», de no admitir otra hipótesis, o sea, que se celebraban entre los antiguos vascos ambas fiestas: la del novilunio y la del plenilunio (como en otros pueblos de la antiguedad, v.g., los habitantes de Mesopotamia (11)... ), pero que a poder de Estrabón solamente llegaron noticias confusas o parciales (12).

Establecido el hecho, aunque de manera imprecisa, examinemos los detalles que apunta Estrabón de la noche religiosa. Primeramente, el baile al que acudían todas las familias o sea fiesta de la tribu o tribus vecinas (aspecto social importante de las fiestas religiosas antiguas); en lugar público o sea fuera de las casas; pasando toda la noche en la gozosa fiesta. No señala más características el historiador.

Para mejor comprender la intención de la fiesta y revivir en algún modo la escena nocturna, podemos consultar lo que sabemos de otros pueblos respecto de la misma festividad. Los hebreos (13) celebraban al principio de cada mes en la aparición de la luna nueva un sacrificio especial consistente en dos novillos, un carnero y siete ovejas del año con harina y libaciones en holocausto... Al tiempo del sacrificio debían los sacerdotes tocar las trompetas de plata. Socialmente el día de la neomenia (así traducen los LXX la palabra hebrea) no era de fiesta obligatoria, pero por las referencias de los Libros Sagrados se

ve que los hebreos solían celebrarla gozosamente, cerrando los negocios, reuniéndose en banquetes... También los árabes saludaban a la luna nueva con el toque de instrumentos músicos. Igualmente entre los más antiguos habitantes de la cuenca del Tigris y del Eufrates encontramos la misma solemnidad; un texto nos habla de «la celebración magnífica mensual y de las grandes ceremonias en el día del novilunio». Pero más que tales recuerdos arqueológicos, nos harán imaginar la participación de la tribu y de todos los individuos la descripción de la fiesta, tal como es celebrada entre los Pigmeos de la selva ecuatorial africana en nuestros días. Los etnólogos modernos consideran a estos pueblos como los más cercanos a la humanidad primitiva. Entre los Pigmeos (14) la fiesta magna en honor de la luna nueva precede inmediatamente la época de las lluvias. La luna es considerada como principio de generación, por lo que la fiesta está reservada exclusivamente a las mujeres las cuales hacen los preparativos para el día señalado, el cual por otra parte no lleva sacrificio alguno, según hemos visto que se verificaba entre los hebreos. Hechos los preparativos la fiesta puede comenzar. Una mujer (la del jefe) da la señal: avanza al centro del campamento y recita una melopea en la que se invita a la luna a proveer de abundantes niños y frutos la tribu.

El cuerpo echado hacia atrás, los brazos en alto, cantan el siguiente himno al astro de la noche:

Luna, oh madre luna,
Madre de las cosas vivientes,
Escucha nuestra voz, oh madre luna.
Oh madre luna, oh madre luna,
Aparta los espíritus de los muertos
Escucha nuestra voz, oh madre luna,
Oh madre luna, oh madre luna.

Y el canto continúa. Alrededor del círculo de las mujeres están los hombres; no toman parte ni aún con el aplauso. La danza de la luna es exclusiva de las mujeres. Aparece la aurora y la danza acaba.

No sin emoción se leen estas líneas que pueden recordarnos las escenas y las fiestas de nuestros antepasados.

No necesito recordar cómo aún hoy se oye frecuentemente en boca de nuestros campesinos los epítetos de *ilargi bedeinkatu*, *ilargi santu* «luna bendita, luna santa». Me refieren (15) el caso de una joven en Nabarra que al ir a confesar declaró que solía rezar un «Padre nuestro...» a la luna, e interrogada porqué lo hacía respondió: «Cómo no, si es tan hermosa...»

Poco hemos de añadir ahora respecto del segundo nombre: *eguzari*, que como indicamos anteriormente parece relacionarse con el sol, es decir, con la fiesta celebrada en honor del sol nuevo o sea del año nuevo: *egubeři* «Navidad y Año Nuevo». He aquí la repartición geográfica del nombre:

EGUZARI (B-ar, ms-Lond) = «día de fiesta». Harriet, pág. 318, lín. 1, lo cita también al lado de «pezta».
EGUSAI (B-m-oñ-) = «día de fiesta».
EGUZARO (mss-Otx- Zar) «día de media fiesta.
EGUNZARO (B-o) «día de convite».

Nótese el paralelismo de *eguzaro* con *jaizaro*. A este ciclo pertenece probablemente el OLENTZARO.

Igualmente que la de la luna la mitología del sol es abundante en el país (16). Séame permitido citar algunas de las fórmulas que aún hoy se dirigen al astro del día (17). Azkue en su CANCIONERO dice: «En Azpiroz, valle de Larraun, me dijeron que pocos años antes que yo allí me presentara, murió una anciana,

que cuando veía salir el sol, estando ya ella ocupada en sus faenas, le saludaba con una canción *ad hoc*» (18).

En Dima, p. e., al ponerse, dicen:

«El sol ha ido a su madre»

y concluyen con este otro verso vulgar:

«vendrá mañana, de hacer buen tiempo».

En Baztan al amanecer le dirigen así:

«Bienvenido, oh sol abuela»

y al atardecer:

«Adiós abuela, hasta mañana».

Resulta de un sabor primitivo la despedida augusta de los habitantes de la región del Gorbea:

«Oh sol, por hoy ya me has consolado,
Venme mañana también para que me consuele».

En todos los pueblos antiguos el sol y la luna han sido festejados. Los poetas han desgarrado en su presencia lo mejor de sus galas. La Iglesia en su liturgia no encuentra epítetos más hermosos que dirigir a la Purísima que los del poeta hebreo: «Bella como la luna y escogida como el sol».

He aquí algunas consideraciones que nos ha sugerido la etimología de los nombres vascos del «día festivo».

Que los estudios se multipliquen y veranse salir a la luz nuevos datos que la noche de la historia vasca tiene reservados para el investigador. Nuestro intento en el presente artículo no ha sido otro sino buscar todos los indicios que pudieran arrojar algún resplandor sobre la superficie oscura de la prehistoria vasca.

---

# NOTAS

(1) *Les origines indoeuropéenes.* (2.ª ed. París, 1877), Prólogo, pág. 14.

(2) Véase lo principal de la bibliografía en Hirt, *Indogermanische Grammatik*, I Teil, XX, Heidelberg, 1927.

(3) RIEV. 23 (1932) 457.

(4) *Gramatica eskuaraz eta francesez...* Bayona, 1741.

(5) Tomado del DVEF de Azkue, Bilbao, 1905.

(6) *Ensayo acerca de las leyes fonéticas...* San Sebastián, 1883, pág. 54.

(7) *Dictionaire Basque-Francais*, pág. 221.

(8) RIEV, 17 (1926), 472-74.

(9) Estrabón, 3, 4.

(10) A título de curiosidad por referirse a los vascos (vizcainos en la denominación común de la época) traslado el comentario que el Gerundense hace de la primera parte del texto de Estrabón. Dice el historiador español en el 1, III cap. *De las colonias y ciudades fundadas por los cartagineses en España*, lo siguiente: «Estrabón en el 1, III de su Geografía narra que los antiguos gallegos no tenían dios alguno; y semejante situación perdura aún en Biscaia región situada dentro de los confines de Galicia; aunque sus moradores se llamen practicantes de la religión cristiana, es cierto que allí no se reverencia ni adora a ningún dios y que sólo con la boca confiesan la religión cristiana».

(11) Jean, *La religion sumérienne*, I, 81-82. Paris, 1931.

(12) Que los vecinos de los celtíberos sean los vascones no hay duda para quien conozca el mapa de la época de la conquista romana. Por citar entre otros documentos que pueden interesar nuestra curiosidad recordemos los nombres del escuadrón de Zaragoza (la TURMA SALLVITANA), (v. Gatti, *Lamina di bronzo con inscrizione...* en el BCACR, 36 (1908) 169-226). Allí aparecen apellidos tan vascos como Arbiscar, Bennabels, Elgaun, Illurtibas... lo que nos induce a pensar que la misma Celtiberia contenía una fuerte población vasca.

(13) KORTLEINER, *Archæologia Biblica*, 242 - 44, Insbruck, 1917.

(14) TRILLES, *Les Pygmées de la foret equatoriel*, 112-17 y 108-111, Paris, 1932.

(15) Debo la noticia al Rdo. P. DONOSTIA en conversación particular.

(16) Sobre la mitología del sol y la luna véase RIEV, 13; (1922) 135 sq. y RAMOS, *De Astronomástica Vasca*, Tarragona, 1928.

(17) Las fórmulas que cito a continuación se las debo al Sr. AZKUE quien amigablemente me las indicó. El infatigable escritor e investigador de nuestra lengua y literatura dará prontamente a la imprenta una nueva obra titulada: *Euskal - Eŕiko Yakingaiak*, de cuyo tomo primero (de los cuatro que proyecta publicar) son las citas: *Oitura ta Sineskeriak = Costumbres y Supersticiones.*

(18) CANCIONERO VASCO, tomo I, 20.

1.° Diciembre, 1933.

JUAN GOROSTIAGA.